

(1)

EL CONGRESO DE BARCELONA DEL AÑO 2014

1. *Introducción*

El 52% de la población mundial vive en las grandes ciudades, y el proceso va en aumento. Estas grandes concentraciones urbanas interpelan la pastoral que realizamos en ellas, muchas veces con criterios rurales heredados de una época previa al actual *boom* urbano. La reflexión de los mismos pastores de estas megápolis, ayudados por los expertos (teólogos, pastoralistas, sociólogos), será siempre de una gran ayuda para configurar una pastoral urbana que facilite y haga más fecunda la presencia evangelizadora de la Iglesia de los cristianos. Precisamente, el Congreso Internacional de Pastoral de las grandes ciudades que se celebró en Barcelona responde a esta inquietud y finalidad. Este Congreso tuvo su origen, finalidad y método. Hacer una breve reseña de todo ello puede ayudar a valorar sus contenidos.

2. *Breve reseña de lo que fue el Congreso de Barcelona*

El Congreso de Barcelona se programó en dos etapas: la de los expertos y la de los pastores diocesanos de grandes ciudades de los cinco continentes del mundo. La etapa de los expertos se celebró los días 20, 21 y 22 de mayo de 2014 en Barcelona. La segunda etapa del Congreso tuvo lugar los días 24, 24 y 26 de noviembre de 2014. En esta segunda etapa, participó el patriarca de Lisboa, Su Eminencia el Cardenal Manuel Clemente Macário, junto con otros veinte pastores de grandes ciudades. Se trataba de poner en común las reflexiones de estos cardenales, arzobispos y obispos de cuatro continentes del mundo. El trabajo consistió en dialogar sobre el «Documento de síntesis» de la primera etapa. Esta segunda etapa puede ser equiparada al «juzgar» en el trabajo del Congreso. La primera nos había ofrecido el «ver» la realidad global de las grandes ciudades, dejándose el «actuar» a cada pastor diocesano con el trabajo de su propia Iglesia, aportando la riqueza de aquellos días de Congreso, o de trabajo colegial.

3. *Constataciones más importantes efectuadas por el Congreso de Barcelona*

- 3.1. Vivimos en un planeta prevalentemente urbanizado, en el cual el 52 % de los habitantes reside en ciudades. En 2050 la proporción será del 66 %, las dos terceras partes de la humanidad.
- 3.2. La región" metropolitana o «gran ciudad» presenta una geografía urbana heterogénea, con un conjunto variado de hábitats.

- 3.3. La gran ciudad es ambivalente. «La ciudad produce una especie de ambivalencia permanente [...] ofrece a sus ciudadanos infinitas posibilidades [...] [pero] aparecen también muchas dificultades para el desarrollo pleno de la vida de muchos» (EG 74). El motor económico del mundo son las grandes ciudades; por eso la gente emigra a ellas y se establece en ellas.
- 3.4. En las grandes ciudades, sin embargo, hay un modelo de desarrollo inhumano y formas de deterioro de la vida.
- 3.5. El *discurso cultural* es decisivo para comprender la gran ciudad. La cultura o, por mejor decir, las culturas que se han desarrollado en ella se configuran en gran parte gracias a «imaginarios» simbólicos de tipo colectivo que determinan diversas formas de expresión y de vida, que se convierte en «ciudad» dentro de la ciudad:
- 3.6. Los problemas fundamentales que viven las personas en las metrópolis del mundo son el miedo, la violencia y el aislamiento social. El alto grado de violencia se explica por el individualismo y las grandes desigualdades.
- 3.7. El segundo gran problema de los que viven en las grandes ciudades es la desconfianza ante las instituciones sociales, económicas y políticas, locales o nacionales. La desconfianza que se experimenta ante el mundo externo provoca la adopción de modos de vivir individualistas.
- 3.8. Las reacciones a la situación de las grandes ciudades en un mundo global llevan a que surjan fenómenos nuevos (identitarismo y nuevos movimientos sociales) y al recurso a dos estructuras tradicionales (la familia y la religión).
- 3.9. La segunda estructura interna y externa de la persona es la religión. Es uno de los núcleos de la cultura de la gran ciudad. Históricamente, siempre ha tenido un papel de consuelo, refugio y protección. Paralelamente al aumento de las grandes ciudades avanza también la religiosidad. En 1980, el 83% de la población mundial se consideraba religiosa, mientras que en 2010 ya era el 89%. La Iglesia católica, en cambio, la institución religiosa más grande del planeta, es la que sufre la mayor crisis de legitimidad. En 2010 el 15% de la población mundial era católica (el 19% en 1980). Siempre en 2010, el 17% de las personas religiosas del planeta eran católicas (el 22% en 1980).
- 3.10. Las posibles razones de esta disminución del número de fieles de la Iglesia católica son múltiples. M. Castells señala cinco causas: a) cercanía a la élite dominante y temor a hacer crítica social; b) apoyo insuficiente a los pobres; c) distanciamiento de los problemas de la gente y, excepto algunos casos, poco ejemplo y testimonio; d) postura restrictiva respecto a los problemas de las mujeres y de los jóvenes; e) acción insuficiente ante la pederastia y los abusos sexuales de sus miembros, sobre todo en los Estados Unidos.

3.11. Los habitantes de las grandes ciudades buscan el apoyo de la religión para encontrar el camino del bien entre las oleadas destructoras del mal que les subyuga. Este es, según Castells, el gran desafío que se le propone a la Iglesia católica, «la comunidad global más antigua del mundo» y que determinará su futuro en las próximas décadas.

4. *Propuestas pastorales efectuadas por el Congreso de Barcelona*

4.1. Una mirada teologal sobre la gran ciudad.

Tenemos una conciencia eclesial de un cambio de época en el que, por primera vez, los que viven en la gran ciudad son la mayoría. Ante esta nueva realidad, el acercamiento a la gran ciudad requiere una mirada teologal: es precisa una conversión pastoral que implica una Iglesia abierta, descentrada de sí misma, con una mirada contemplativa hacia la gran ciudad, que lleva consigo un doble movimiento; por una parte tener la misma mirada que Jesús y, por otra, saber mirar o contemplar a Jesús en el otro, en cualquier ciudadano que vive en la ciudad. Desde este punto de vista, la afirmación de que «Dios vive en la ciudad» (C.M. Galli) puede dar fundamento a la pastoral de la gran ciudad. Ante la gran ciudad no se trata de tener una mirada negativa o ingenua, sino llena de esperanza, que implique empatía y simpatía. Es la mirada de amor que todo lo atrae y todo lo espera. Esto llevará a saber ver el «rostro de Cristo» en los distintos rostros sufrientes.

4.2. La salida misionera en la ciudad

Al igual que el modelo misionero de Jesús, el modelo misionero de la Iglesia debe ser de salida, es decir, no se debe limitar a mantener lo que ya es, sino que debe salir a comunicar el Evangelio de la misericordia a las periferias existenciales de la ciudad. Es necesario abandonar el modelo de una Iglesia preocupada solo por ella misma, que cae en el miedo y en la incapacidad de ser significativa para la gente y, por tanto, incapaz de transmitir el Evangelio con pasión. En cambio, el modelo de la Iglesia en salida es el de una Iglesia «pueblo de Dios» en la que todos comparten la responsabilidad de su misión. Se trata de una Iglesia encarnada, una Iglesia que sirva como buen samaritano, «una Iglesia pobre y para los pobres» (EG 198). Esta salida misionera ha de realizarse mediante el contacto personal, la capilaridad, el testimonio. Actitud propositiva. Lenguaje narrativo, no argumentativo.

4.3. La *forma Ecclesiae* o el paradigma misionero de la Iglesia en la gran ciudad.

En los Hechos de los Apóstoles y en las cartas paulinas hay suficientes elementos para comprender cómo una comunidad cristiana es una «fraternidad», pero también en estos textos se encuentran dificultades que no la favorecen. En el Nuevo Testamento, y en relación con la pastoral de las grandes

ciudades, observamos que hay diversos tipos de Iglesia doméstica o «de casa». Entre ellos hay que considerar el tipo «ambiente de encuentro interpersonal» y el «tipo familia cristiana». Las grandes ciudades son espacios donde hay que hacer crecer el modelo de «Iglesia doméstica» o «casa entre las casas». La parroquia como localización de la diócesis es una realidad antigua y cambiante, necesaria y ambivalente; sigue siendo una puerta de acceso a la experiencia de fe y al Evangelio anunciado y vivido.

Por otra parte, en la ciudad hay una presencia de la Iglesia a través de tres dimensiones (espiritual, moral y social), las cuales han de determinar esta presencia. La mirada social sobre la Iglesia va unida a su misión de proponer activamente una cultura cristiana que dialoga en la gran ciudad con otras culturas, intentando influir en ellas, pero también queriendo hacer de puente entre ellas.

4.4. La Iglesia como sujeto que comunica el Evangelio en la gran ciudad.

La Iglesia particular o diócesis, es el sujeto primero de la comunicación del Evangelio en la gran ciudad. Sin embargo, la diócesis no puede quedarse sola, dando de lado a las diócesis vecinas. Las unidades pastorales supra diocesanas correspondientes a las grandes ciudades, como la provincia metropolitana o la región eclesiástica, son necesarias para articular una pastoral de las metrópolis del mundo. Excluir las jurisdicciones cerradas. El obispo, tiene la misión de integrar la diversidad, el llevar a la unidad lo que es múltiple y, a veces, contrario. En la gran ciudad, la Iglesia no debe ser «Iglesia en la urbe», sino «Iglesia urbana», capaz de comprender y asumir la cultura de la metrópoli, dispuesta a comprender la fisonomía de la ciudad. Una Iglesia de tipo sinodal está mejor preparada para responder a los retos pastorales de la gran ciudad. Hay tres núcleos interpretativos de la Iglesia urbana. Respecto a la relación entre territorialidad y ámbito cultural se augura una vuelta hacia la relación personal como relación fundamental, más allá de un sentido estricto de parroquialidad. Respecto al lenguaje existencial, simbólico y conceptual se dan las últimas significaciones que forman el misterio cristiano y que se expresan de modos diversos. Respecto al carácter «laical» de la Iglesia como «pueblo [laós] de Dios», hay que apostar por la formación de los laicos, cuya dimensión propia es la presencia en el mundo como lugar teológico.

4.5. Ser pastor en la gran ciudad

Ser pastores en la megalópolis es un desafío que exige ir más allá del miedo, como con Jonás (Jon 1,2). Esto reclama la disponibilidad a la voluntad de Dios en el servicio a su pueblo, que nos ha sido confiado, reconociendo la participación de todos los fieles. Esto exige también animar las formas existentes de presencia en la ciudad y los diferentes testimonios de caridad, dando unidad a la vida de la Iglesia local y diciendo una palabra en el espacio

público. Ha de ponerse atención especial en las estructuras consolidadas, como por ejemplo en el campo de Cáritas. Lo que da fuerza al obispo es, por una parte, que ha sido llamado por Dios y, por otra, que ha de contar con su presbiterio. Colaboración de los diferentes organismos de participación. Se trata, por medio de todo esto, de (re)suscitar siempre de nuevo la fe. Proceden de aquí dos exigencias: la exigencia social, en el sentido de que la gente nos pide ser pobres, sobrios, humildes y, a la vez, seguros de nosotros mismos, sin complejos, ya que somos portadores de una verdad que no es nuestra. Por otro lado está la exigencia de ir adelante con un «sueño misionero» en sintonía con la ciudad. Se trata de ir adelante para indicar el camino y sostener la esperanza del pueblo en medio de todos, con la cercanía del pastor simple y misericordioso, y algunas veces caminar detrás del pueblo para ayudar a los que se han quedado atrás (cf. EG 31). La perspectiva escatológica es un criterio absoluto: se verifica en la liturgia como visión de la vida transfigurada, concretamente en la comunión entre los creyentes. Una bella liturgia y una verdadera hermandad, expresiones de nuestro «sueño misionero». Cercanía del obispo tanto a los sacerdotes como a los otros fieles. Se trata de una cercanía práctica que favorezca el conocimiento mutuo entre pueblo y pastores. Por otro lado se requiere de nuestras comunidades que vivan con las «puertas abiertas» en la diversidad pastoral de la diócesis. En la centralidad de Jesucristo, el obispo debe ser buen pastor y buen samaritano.

5. *Conclusión*

Propongo en forma de conclusión las dos propuestas pastorales que nos señaló el papa Francisco en la audiencia concedida en el último día del Congreso.

5.1. Salir y facilitar

Se trata de una auténtica transformación eclesial. Todo pensado en clave de misión. Un cambio de mentalidad: de recibir a salir, del esperar a que vengan a ir a buscarlos. Para el papa —nos lo decía explícitamente— esto es un punto clave. Salir para encontrar a Dios que vive en la ciudad, para escuchar, para bendecir, para caminar con la gente. Y facilitar el encuentro con el Señor. Una Iglesia que quiera ser realmente urbana debe dar tres pasos de gran importancia pastoral: debe pasar de lo territorial a lo cultural, de lo conceptual a lo simbólico o a la existencia y de lo clerical a lo laical. No limitarse a un puro análisis territorial de la ciudad, sino aplicar una óptica cultural. Hay que identificar los «lugares» de la ciudad en que se vive una búsqueda de significado aun en medio de grandes dosis de emotividad, y donde, por tanto, hay una exigencia religiosa detrás de la cual está sutilmente presente el deseo de Dios. El segundo paso es abandonar el lenguaje conceptual y usar el simbólico y existencial. La pastoral de la gran ciudad exige una mirada de fe que

se centra en el encuentro con el prójimo que vive en la ciudad, buscando la cercanía: «la fe desea ver para servir y amar, no para observar y dominar» (Card. Bergoglio). La búsqueda de un lenguaje que pueda «encarnarse en el Evangelio en la ciudad» y sintonizar con los que viven en ella (DA 517).

El tercer paso es abandonar el modo de proceder clerical e institucional y encontrarse con el carácter laical de una Iglesia que es «pueblo» en dos sentidos: en cuanto pueblo de Dios y en cuanto pueblo de esta o de aquella ciudad. Como se ha señalado, la gran ciudad exige la construcción de la comunidad eclesial en términos de Iglesia doméstica (o de casa), de Iglesia-familia: pasar de la cultura del «yo» a la del «nosotros» (Galli). La geometría urbana piramidal, propia de la sociedad agrícola, no es bienvenida en la urbana, donde la búsqueda de la cercanía descalifica toda forma de autoritarismo. El anuncio de lo esencial (EG 35) corresponde a un sujeto eclesial que se ha purificado de comportamientos autorreferenciales y ha entrado plenamente en la conversión pastoral. El pueblo de Dios es, en efecto, el gran sujeto evangelizador (EG 112,120) Y está llamado a ser «protagonista activo de la misión» (EG 119-129).

5.2. La Iglesia samaritana. Estar presentes.

Se trata de un cambio en el sentido del testimonio, afirmaba el papa. En la pastoral urbana, la calidad la dará la capacidad de testimonio de la Iglesia y de cada cristiano. El papa Benedicto XVI dijo que la Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción. Ello remite al paradigma del buen samaritano y a la «samaritanidad», que es esencial en el Evangelio. Eso es el auténtico kerigma urbano. Un gesto que habla es más elocuente que mil palabras. Una «Iglesia samaritana» (*Aparecida* 26; 176; 491) camina por la ciudad con la libertad que da la misericordia. Lo debemos tener presente en este año Jubilar de la Misericordia. «En todo esto es muy importante el protagonismo de los laicos y de los pobres mismos. Y también la libertad del laico, porque lo que nos aprisiona, lo que no hace abrir de par en par las puertas es la enfermedad del clericalismo. Es uno de los problemas más graves» (Francisco).

Necesitamos de una actitud contemplativa que, sin rechazar la aportación de las diversas ciencias para conocer el fenómeno urbano, busca descubrir el fundamento de las culturas, que en su núcleo más profundo están siempre abiertas y sedientas de Dios.

Muchas gracias.